Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Zero Days*

© 2023, Ruth Ware
© 2025, de la traducción por Miguel Alpuente Civera
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-26-0
Código IBIC: FA
DL: B 3.876-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Javier Sánchez Meco

Impreso en julio de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ruth Ware

El engaño perfecto

Zero Days

Traducción de Miguel Alpuente



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para mi padre, quien ya era un paranoico
de la seguridad en internet antes de que
el tema se pusiera de actualidad.

SÁBADO, 4 DE FEBRERO

Menos de ocho días

El muro perimetral era un juego de niños. Casi dos metros, pero sin pinchos ni alambre de espino en la parte superior. El alambre de espino es mi bestia negra. Por algo lo utilizan en las zonas de guerra.

Mi metro cincuenta y siete no bastaba para auparme hasta arriba, así que escalé un árbol cercano con una gruesa rama que se extendía sobre el aparcamiento. Me descolgué hasta que los pies tocaron la parte superior del muro y lo recorrí sigilosamente hasta encontrar un punto donde bajar sin que las cámaras de seguridad repartidas alrededor del edificio me captaran.

Al otro lado del aparcamiento se veía la puerta cortafuegos, tal como había descrito Gabe, y su aspecto era prometedor. Una puerta estándar, con una mitad acristalada y barra de apertura horizontal en la parte interior. Vi con satisfacción que estaba bastante mal encajada, pues por abajo quedaba un espacio por el que casi cabía la mano. En apenas treinta segundos pasé mi largo deslizador de metal por esa rendija, lo balanceé hacia arriba hasta que el gancho hizo presa en la barra y luego di un fuerte tirón hacia abajo. La puerta se abrió y contuve la respiración esperando la alarma, un riesgo siempre presente con las puertas cortafuego, pero no sonó ninguna.

En el interior, las luces se encendieron automáticamente: grandes cuadrados fluorescentes en un techo panelado que se extendía hacia la oscuridad como un tablero de ajedrez. El final del pasillo seguía en la más completa oscuridad, porque los sensores todavía no habían captado mi movimiento, pero en la parte donde yo estaba había tanta luz como en pleno día y tuve que detenerme para acostumbrar los ojos al resplandor.

Las luces son como una espada de doble filo. Por un lado, actúan como una potente señal de alarma para quienes vigilan las cámaras de seguridad. No hay nada como una pantalla iluminándose como un árbol de Navidad para atraer la atención de un guardia de seguridad y hacer que levante la vista de su teléfono. A veces, sin embargo, si te pillan de noche caminando como si tal cosa por un edificio con las luces encendidas, aún puedes salir airosa. Resulta mucho más difícil explicar tu presencia si te mueves a hurtadillas por un pasillo oscuro con una linterna. Eso equivale casi a llevar un disfraz de ladrón, con una camiseta a rayas y una bolsa en la que puede leerse la palabra «botín».

En ese momento eran las diez y veinte de la noche y yo llevaba mi ropa de «oficina»: unos pantalones negros que podrían pasar por los de un traje, solo que eran más elásticos y transpirables que cualquier atuendo de oficina, combinados con una blusa azul marino y una chaqueta negra *prêt-à-porter* comprada en Gap. En los pies, unas Converse negras, y una mochila gris Fjällräven enganchada al hombro.

Lo único que desentonaba era mi pelo. Ese mes me lo había teñido de un escarlata fluorescente muy alejado de cualquier tono natural y no acababa de encajar con el ambiente más bien estirado de esa empresa, un grupo asegurador llamado Arden Alliance. Gabe había sugerido que me pusiera peluca, pero las pelucas siempre conllevaban riesgos y, además, yo estaba empezando a meterme en el personaje. Jen –había decidido que mi imaginaria oficinista se llamaba así– trabajaba en atención al cliente, pero guardaba un bonito recuerdo del año sabático que se había tomado tras la universidad y aún se consideraba una persona con cierto estilo. Puede que hubiera agachado la cabeza para conseguir ascender en la empresa, pero el pelo era el último destello de una personalidad que se resistía a sucumbir del todo a la rutina oficinesca. El último, aparte de ese delineador de ojos líquido una pizca excesivo y de un tatuaje en el omóplato que decía «ensártalos con la punta».[1]

[1] Frase popularizada en la serie *Juego de tronos (N. del T.).*

El delineador era real; mi aspecto no me parecía completo sin un suave trazo del NYX Epic Ink. El título universitario era inventado. Al igual que el tatuaje. Yo no era tan fan de *Juego de tronos* como para grabarme esa frase en la piel, aunque, si lo hubiera sido, Arya habría sido mi personaje favorito.

Jen salía tarde de trabajar, había perdido la noción del tiempo y ahora se apresuraba a volver a casa para el fin de semana. De ahí ese calzado tan cómodo. La mochila era para meter los zapatos de tacón que se ponía en la oficina, aunque con ese detalle ya me salía del guion. Sí, Jen podía guardar los zapatos de tacón en la mochila. Pero la mía estaba llena de herramientas de allanamiento y de equipamiento informático cargado con un *software* absolutamente ilícito que Gabe había conseguido en la web oscura.

Recorrí el pasillo despacio, pisando sin hacer ruido sobre la moqueta gracias a mis suelas de goma, intentando aparentar que trabajaba allí. A un lado y otro tenía puertas de despachos vacíos en los que, de vez en cuando, alguna luz led brillaba en la oscuridad, procedente de las pantallas que la gente se había dejado mal apagadas antes de irse de fin de semana.

Una fotocopiadora instalada en un hueco de la pared parpadeaba hipnóticamente y, al verla, me detuve y eché un vistazo a un lado y otro del pasillo. A mi espalda había luz, pero tras el recodo que tenía ante mí todo estaba oscuro porque los sensores de movimiento no habían detectado aún mi presencia. Mejor así, las luces podían alertar a los de seguridad, pero también me alertarían a mí. No resultaba probable que los guardias vinieran por la espalda, porque por ese lado el pasillo terminaba en la puerta cortafuegos que daba al aparcamiento. Y, si venían por delante, las luces se encenderían y me alertarían con tiempo suficiente para volver sobre mis pasos o esconderme en uno de los despachos. Seguramente, Gabe me diría que siguiera hasta encontrar la sala de servidores, pero la oportunidad que se me presentaba era demasiado buena para dejarla pasar.

Detrás de la fotocopiadora vi, como había esperado, una maraña de cables y dos puertos LAN para conectar dispositivos a

la red principal de la empresa. Uno estaba ocupado, conectado a la fotocopiadora. El otro estaba libre. Con el corazón latiéndome con fuerza, miré atrás y adelante por el pasillo y saqué de la mochila un pequeño ordenador Raspberry Pi.

Deslicé el Pi, más pequeño que un libro de bolsillo, por detrás de la fotocopiadora hasta que se posó en la masa de folios caídos y abandonados tras el alimentador de hojas. Lo enchufé a una fuente de alimentación e introduje el cable LAN en el puerto vacío. Segundos después, mi auricular *bluetooth* chisporroteó y la voz grave de mi marido sonó en mi oído, extrañamente íntima en la quietud del edificio desierto.

–Ey, nena, acaba de conectarse tu Pi. ¿Cómo va?

–Bien –contesté en voz baja, sin llegar a susurrar, pero casi–. Aún estoy tratando de orientarme. –Arrastré una fotocopia perdida para ponerla encima del Pi y ocultarlo a la vista, me eché la mochila al hombro y continué la marcha, doblando el recodo del pasillo–. ¿Y tú qué tal?

–Bueno, ya sabes. –El tono de Gabe era guasón–. Un poquito de *Dark Souls* en la PS. No hay mucho que hacer hasta que me metas en la sala de servidores.

Me reí, pero Gabe solo bromeaba a medias. Lo de *Dark Souls* podía ser teatro –yo sabía perfectamente que de ningún modo podía estar jugando; al contrario, seguro que estaba encorvado ante su pantalla, siguiendo nervioso mi avance en los cianotipos que habíamos conseguido en el departamento de planificación–, pero lo de la sala de servidores era verdad. Esta era la parte del trabajo que a Gabe siempre le resultaba más dura, la de quedarse sentado y escuchar, sin poder ayudarme en el caso de que me viera en apuros.

–¿Dónde estás? –me preguntó.

–En un pasillo, yendo hacia el este desde la puerta cortafuegos que encontraste. Este edificio es… ¡Ostras!

Me paré en seco.

–¿Qué pasa? –En la voz de Gabe se percibía alarma, pero no excesiva. Yo no habría dicho «ostras» si me hubiera topado con un guardia. Habría sido algo bastante más fuerte.

–Ahí delante hay una puerta de seguridad. ¿Estaba en los planos?

–No –contestó Gabe, en tono algo sombrío–. Habrán hecho cambios. –Podía oír sus dedos tecleando con celeridad–. Espera, estoy tratando de entrar en el sistema de seguridad a través de tu Pi. ¿Qué ves ahí?

–Hay un sensor PIR. –Miré el parpadeo del óvalo de infrarrojos instalado sobre la puerta. Yo quedaba fuera de su alcance por poco.

–Muy bien. Espera ahí. El sensor podría disparar una alarma.

–Evidente –dije.

Eso ya lo sabía, desde luego. No me preocupaba la puerta en sí, porque entre Gabe y yo éramos capaces de entrar casi en cualquier sitio. Pero lo habitual es que un sensor PIR lleve un detector de movimiento, y activarlo con el edificio cerrado podía alertar a los guardias. Aun así, la puerta cortafuegos no había disparado ninguna alarma, lo que era una buena señal. Empecé a acercarme.

–¿Jack? –dijo Gabe. Sus dedos dejaron de teclear–. Jack, cariño, dime algo. ¿Qué haces? No queremos otro Zanatech.

Zanatech. Uf. Una sola palabra: perros. No tengo nada contra ellos como mascotas, pero a los perros de seguridad los odio. Esas bestias pueden destrozarte. Y corren. Mucho.

No hice caso a Gabe y, conteniendo la respiración, di otro paso.

El sensor se encendió al detectar mi presencia, y yo cerré los ojos, armándome de valor mientras esperaba el sonido de las alarmas, el de pasos corriendo…, pero lo único que sucedió fue que la puerta se abrió con suavidad.

–¿Jack? –La voz de Gabe sonó más apremiante, sin duda porque me había oído soltar el aire–. ¿Qué ha pasado?

–Todo bien. Se ha abierto la puerta. No pienses que se ha disparado una luz roja o algo así.

Podía oír cómo rechinaban los dientes de Gabe al otro lado de la línea, intentando no soltarme el comentario que hubiera querido hacer, aunque yo ya sabía perfectamente lo que se esta-

ba callando. Me había pedido que esperara mientras él trataba de acceder al sistema de seguridad a través del Pi para averiguar si la puerta tenía alarma. Pero eso podía tardar horas y, en este trabajo, no hacer nada ya supone un riesgo. A veces tienes que dejarte guiar por tus corazonadas, actuar de manera impulsiva.

Además, tampoco había actuado exactamente por impulso, sino por instinto, un instinto afinado por los años de experiencia en este tipo de situaciones.

–Di mejor que esperas que no se haya disparado una luz roja –dijo por fin, y yo sonreí.

Podía permitirme ser magnánima. De haber sonado el estrépito de una alarma, o peor, ladridos de perros, mientras Gabe me gritaba «te lo había avisado», se me habría borrado en el acto la sonrisa de la cara. Pero una de las muchas buenas cualidades de Gabe era que no tenía mal perder, y yo supe que ya estaba pensando en el siguiente reto cuando me preguntó:

–¿Dónde estás ahora? ¿En el vestíbulo de los ascensores?

–Sí. –Eché un vistazo a mi alrededor. El vestíbulo estaba decorado con una yuca muy alta y una silla metálica de estilo futurista–. De aquí salen tres pasillos y… –Miré al indicador de pisos situado sobre las puertas del ascensor–. ¡Madre mía, catorce pisos! ¿Tenemos idea de dónde puede estar la sala de servidores?

–Espera –dijo Gabe. Oí el clic de las teclas de su ordenador–. Parece que el departamento de Recursos Tecnológicos está en la quinta planta. Empieza por ahí. ¿Ahora dónde estás, en la planta baja?

–No estoy segura. –Miré a mi alrededor–. El aparcamiento tiene dos niveles.

Un largo panel informativo ubicado frente a los ascensores mostraba la lista de plantas. Según parecía, yo estaba en la primera. Y en la quinta…, pues sí, ahí estaban los deparamentos de Recursos Tecnológicos y de Recursos Humanos, convenientemente indicados cuatro líneas más arriba. Huelgan los comentarios: Gabe era un mago de la informática.

Al instante hice una foto del panel con el teléfono y se la envié,

con el comentario: «Joder, Sherlock, no me lo puedo creer»; y oí una estruendosa carcajada en el auricular cuando le llegó el mensaje.

–Bueno, qué puedo decir. A los frikis de la tecnología nos piden solucionar problemas que la gente debería ser capaz de resolver por sí misma.

–Vete a joder a otro lado, Medway –dije en tono afectuoso, y él volvió a reírse, esta vez con una elocuente risita por lo bajo que me provocó mariposas en el estómago.

–Pues lo haría, pero ya tengo en mente a una señorita de lo más sensual. Y va a estar en casa dentro de una hora o dos. Si empieza a mover el culo de una vez.

Sentí unas ganas irreprimibles de sonreír, pero me obligué a hablar con seriedad.

–No volveré a casa ni en una hora ni en diez si no me metes en la sala de servidores, así que céntrate y deja mi culo en paz. –Eché una ojeada al panel del ascensor. Era de los de tecnología punta que debes desbloquear con tu tarjeta antes de pulsar el piso–. El ascensor tiene un lector de tarjetas, así que doy por supuesto que los pisos superiores están protegidos con tarjeta de acceso.

–Bueno, creo que ahí no podré hacer nada hasta que no me des acceso a la sala de servidores, así que hora de ponerse en marcha, nena.

Suspiré teatralmente y busqué dónde estaba la salida de incendios, es decir, la escalera de toda la vida. En un rincón del vestíbulo, el rótulo de una puerta me indicó el camino, pero, antes de atravesarla, dejé caer un lápiz USB infectado en la puerta del ascensor. Gabe me había dado media docena de ellos antes de salir para aquí, pequeñitos y de aspecto inocente, pero cargados con un troyano creado por él mismo. Con un poco de suerte, cuando la gente viniera el lunes alguien lo recogería y lo enchufaría en su propio ordenador, con la intención de averiguar a quién pertenecía. Al hacerlo encontraría un puñado de anodinos documentos de Word y un astuto trocito de código que se incrustaría en el disco duro, establecería contacto con

su servidor central y daría acceso para leer y escribir en ese ordenador siempre que estuviera conectado a internet.

Al salir en la quinta planta, tiré al suelo otro USB y luego me llevé la mano al micro.

–Estás en un vestíbulo pequeño –le dije a Gabe con una voz robótica–. Pasillos en dirección norte, este y oeste. Al sur, un ascensor. A lo lejos, una torre blanca, alta y brillante. No, espera, esto último es de *La aventura original*.

–Deja lápiz USB –dijo Gabe, y yo me reí.

–Uno, eso son tres palabras;[2] y dos, eso ya lo he hecho, como sabrías si de verdad hubieras conseguido *hackear* el sistema de videovigilancia. Y bien: ¿qué pasillo?

Eché una mirada a los tres pasillos, idénticos y sin rasgos distintivos, mientras escuchaba el clic del ratón de Gabe, que intentaba orientarse en el plano.

–Has entrado por la puerta cortafuegos que habíamos previsto y tienes el ascensor C a tu espalda, ¿correcto? –preguntó.

–Sí. O supongo que es el ascensor C. A la izquierda hay una puerta donde dice «Recursos Humanos», por si sirve de ayuda.

–Claro que ayuda. El pasillo correcto es el que tienes justo delante, creo.

Levanté el pulgar en signo de aprobación, me acordé de que Gabe todavía no podía verme y entonces me acerqué a la puerta acristalada que tenía delante. Esta vez no se abrió automáticamente.

–Vale, aquí tenemos otra puerta de seguridad y estoy en el lado malo. Tiene lector de tarjetas. ¿Ahora qué, inspector Gadget?

–¿Hay algo para introducir un código?

–Sí, un panel con teclas. Numérico.

–Algo es algo. Dame un segundo. No sé aún si puedo puentearlo, pero a lo mejor consigo el código del sistema a través de tu Pi.

Asentí y esperé con los brazos cruzados, escuchando el te-

[2] En el videojuego *La aventura original* el usuario interactúa con el programa mediante comandos de una o dos palabras *(N. del T.)*.

cleo frenético de los dedos de Gabe y su voz, cuando profería por lo bajo alguna que otra blasfemia. Volví a sentir esas ganas de sonreír y, por un fugaz instante, deseé estar con él en el salón de nuestra casa, rodearle el ancho torso con mis brazos y besarlo en la nuca tibia, donde el negro cabello estaba rasurado al estilo *undercut*. Yo amaba a Gabe, lo amaba todo de él, pero era en esos momentos cuando más lo amaba, con la cabeza agachada y abstraído por completo en su trabajo. No solo por la sensualidad de observar a alguien haciendo algo en lo que es más que bueno, buenísimo. Era por la camaradería, la sensación de que éramos él y yo contra el mundo.

Y, bueno, a veces también el uno contra el otro. Por más que fuéramos marido y mujer, eso no significaba que no hubiera competición entre nosotros. Yo también era buena en lo que hacía. Muy buena, si vamos al caso.

Mientras esperaba, me acerqué al teclado numérico e introduje «1234». Nada sucedió, salvo por la luz roja que se encendió brevemente en el sensor. Me encogí de hombros. No había esperado otra cosa, pero siempre valía la pena intentarlo. Luego tecleé «4321». Otra vez nada. No me arriesgué a una tercera tentativa por si había algún tipo de bloqueo, pero entonces tuve otra idea y me puse a rebuscar en el fondo de la bolsa para sacar el espray de aire comprimido.

–¿Cómo va, cariño? –le pregunté a Gabe mientras desenroscaba el tapón. Obtuve un gruñido por toda respuesta.

–Regular. Estoy en su sistema, pero no consigo acceso de administrador. Estoy intentando entrar en los correos de la gente para ver si han enviado el código a otra persona en algún *mail*.

–Bueno, tictac, Medway. Si quieres que llegue a casa a una hora decente, quizá deberías empezar a mover ese culito bonito tuyo.

La única contestación fue de nuevo otro leve gruñido, medio de frustración y medio de risa.

Encajé el espray de aire comprimido en la rendija de la puerta y presioné el difusor. Hubo un largo y sonoro siseo cuando el aire se introdujo por la estrecha abertura y, entonces, la puerta

se abrió. Dejé escapar un gritito de entusiasmo. Los dedos de Gabe dejaron de teclear.

–Eh…, ¿qué ha pasado?

–Nada, yo, que he solucionado un problema que los frikis de la tecnología deberían poder resolver ellos solitos.

–Espera, ¿quieres decir que has abierto la puerta? ¿Cómo?

–Pues ya sabes: aire comprimido por la abertura. El cambio de temperatura confunde al sensor PIR. Chúpate esa.

–Bah, que te den.

–¿No habíamos quedado en que eso era tarea tuya, señor Medway? –lo provoqué, y oí cómo el fastidio de Gabe por haberle derrotado una segunda vez se deshacía en risa.

–Pues sí, así es. Y hablando de culos bonitos, pon el tuyo en movimiento, nena. Tictac.

–Tictac –convine, y enfilé por el pasillo mientras las luces se iban encendiendo una tras otra a mi paso.

Era un pasillo largo, con despachos a ambos lados similares a los que había cuatro plantas más abajo, y ninguno era la sala de servidores. Asomé la cabeza por una puerta sin rótulo, pero era un cuartito de la limpieza, lleno de suministros de mantenimiento para el conserje y un cubo y una fregona. Se encendió otra luz. Ahora alcanzaba a ver el final, donde el pasillo giraba. Y ya no había más luces; si alguien venía por delante, nada me alertaría de su presencia.

Se oyó un chisporroteo en el auricular.

–¿Todavía nada?

–Aún no –contesté con parquedad, y entonces me detuve, escuchando.

–¿Has…? –empezó a preguntar Gabe.

–¡Shhh! –siseé, y no tuve que hacerlo dos veces. Se oyó un leve clic cuando Gabe silenció su micrófono, para que ni siquiera su respiración pudiera distraerme.

Se oyó un ruido algo más adelante. No era de pasos, gracias a Dios, sino un leve zumbido como el del ventilador de los ordenadores o el de un aire acondicionado demasiado tiempo encendido. Las salas de servidores se oyen antes de verse.

–La encontré –le susurré a Gabe–. O, si no, es que tienen una avioneta tras esa entrada de ahí.

Al acercarme, distinguí una puerta con rejilla de ventilación en la que ponía PROHIBIDA LA ENTRADA AL PERSONAL NO AUTORIZADO.

Sin hacer caso, giré el picaporte. Estaba cerrada, por supuesto, y el hecho de que no tuviera cerradura era un fastidio. Una cerradura normal podría haberla forzado, pero esta puerta solo tenía un lector de tarjetas de banda magnética a la izquierda del picaporte. Y estaba perfectamente encajada, sin una ínfima rendija en la parte de abajo. Seguro que por dentro tendría algún botón de desbloqueo, pero resultaba dudoso que pudiera activarlo con tan poco espacio para maniobrar. La rejilla de ventilación se había colocado con las lamas hacia abajo, no hacia arriba, y la apertura entre ellas era demasiado pequeña para serme útil. Ni siquiera arrancándola con la palanqueta tendría hueco suficiente para colarme, y, además, se suponía que no debía causar daños.

–¿Cariño? –oí en el auricular.

–Hay lector de tarjetas. Nada para introducir un código.

–Chorradas.

Sabía que Gabe se estaría tirando de la barba en actitud pensativa, barajando las posibles opciones. Codificar una tarjeta magnética no era difícil, siempre que contaras con el equipo necesario y supiéramos el código, pero no lo sabíamos. Y, aunque nos las arregláramos para conseguirlo de los archivos de la intranet, yo estaba aquí y el codificador lo teníamos en casa. No, el trabajo debíamos terminarlo esa misma noche.

–¿Qué tal por arriba? –preguntó Gabe, que había pensado lo mismo que yo. Asentí.

–Me has leído el pensamiento.

Tras echar un vistazo a ambos lados del pasillo, evalué las habitaciones contiguas a la sala de servidores. La de la izquierda era un despacho normal, con un tabique de cristal en la parte del pasillo y dos escritorios. Probablemente la puerta no estaba cerrada, dado que era un espacio compartido, pero el tabique

de vidrio no era lo más ideal; cualquiera que pasara por el pasillo me vería allí dentro. La de la derecha… Y aquí sentí como una descarga de euforia. La de la derecha era un baño. De caballeros, pero eso en nada afectaba a mi propósito. Lo importante era que la pared del pasillo era de sólido pladur.

–Houston, tenemos unos baños –le susurré a Gabe.

–Ah, pues entonces pan comido.

–Pan comido para ti, ahí en casa con el culo bien aposentado –repliqué, y oí cómo se reía mientras yo abría la puerta.

En el interior, me detuve un momento, me quité la chaqueta y esperé a que mis ojos se acostumbraran cuando las luces se encendieron. A mi espalda, contra el tabique del pasillo había una hilera de pilas. A la derecha tenía dos mingitorios y enfrente estaban los cubículos. Abrí el de más a la izquierda y, para mi inmensa satisfacción, vi que tenía un diseño estándar: una taza adosada a una cisterna sólidamente encastrada a la altura del pecho. Esa nueva moda de disimular las cisternas en la pared será muy elegante, pero una imbecilidad en casos como este.

Tras bajar la tapa del váter, me subí encima, salté sobre la cisterna y me quedé en cuclillas bajo el techo panelado. Esperé un momento evaluando la situación, asegurándome de que estaba bien equilibrada y mis herramientas no peligraban, tras lo cual presioné con suavidad el panel del techo hacia arriba.

Se levantó enseguida, haciendo volar una nube de polvo y de moscas muertas que cayeron al suelo. Entonces me aupé, rogando que el tabique entre ambas habitaciones fueran lo bastante sólido como para sostener mi peso. Crujió un poco mientras flexionaba los bíceps y de nuevo cuando metí la rodilla por la estrecha abertura. Pero no cedió, así que en menos de veinte segundos estaba tumbada boca abajo en el estrecho espacio que separaba el falso techo del verdadero. Allí hacía calor, mucho calor. Procedía de los serpenteantes conductos plateados de los aparatos de aire acondicionado, que trabajaban a destajo para enfriar los servidores apilados en bastidores en la sala de abajo. Cuando encendí la linterna y moví el haz hacia delante,

vi que aquel hueco angosto continuaba hasta perderse en la oscuridad.

Con cuidado, con mucho cuidado, sujeté la linterna con la boca y empecé a avanzar por el techo, manteniéndome tan pegada a la pared maestra como me era posible. Luego clavé las uñas en uno de los paneles del techo, justo encima de lo que debía de ser, según mis cálculos, la esquina de la sala de servidores. El panel se levantó con la misma facilidad que una trampilla, pero la caída hasta abajo intimidaba bastante. Todo eran bastidores de servidores parpadeantes, demasiado apretados para poder descender por ellos, y hasta el suelo habría un espacio de unos dos metros y medio. Podía descolgarme y bajar, porque tenía bastante fuerza en la parte superior del cuerpo, pero lo más probable era que luego no pudiese subir de nuevo hasta la abertura. Lo que me dejaba con una pregunta apremiante. ¿La sala de servidores podía abrirse desde el interior sin tarjeta?

Boca abajo en medio de la pared divisoria, me incliné sobre las riostras e iluminé con la linterna a través del hueco del techo. Estirando el cuello, podía ver que había una especie de panel junto al pomo de la puerta, pero no llegaba a distinguirlo bien; la sombra de uno de los bastidores de servidores hacía imposible verlo con detalle. Podía ser un mecanismo de desbloqueo de la puerta… o una alarma de incendios. O simplemente un interruptor de la luz. Tendría que acercarme para averiguarlo.

Con mucha cautela, aparté el panel que acababa de levantar y continué gateando al estilo militar por el techo hacia el centro de la sala. Las riostras de soporte crujieron un poco, pero no se movieron, y yo contuve la respiración mientras me disponía a quitar un segundo panel. Este se notaba más rígido, quizá porque el conducto de aire acondicionado pegado al panel contiguo lo mantenía fijo en su sitio, así que me vi obligada a tirar con todas mis fuerzas de los bordes. Una esquina cedió y seguí tirando todavía más fuerte. Había conseguido sacar un lado entero…

Y entonces, con un crujido atronador, el panel se me partió en dos y yo salí disparada hacia atrás.

Durante un largo instante me quedé allí, paralizada, con el panel roto en la mano. El crac había sido tan estruendoso que me pitaban los oídos y me imaginaba el ruido viajando por aquel hueco angosto a lo largo de todo el pasillo, reverberando a través de los conductos y haciendo vibrar el techo entero como un tambor. Podía sentir el polvo arenoso que caía a mi alrededor, los caparazones de diminutos insectos que me caían en el pelo y la cara, y podía oír la voz de pánico de Gabe en el auricular.

–¡Jack! ¡Jack! ¿Estás bien? Cariño, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

–Estoy bien –susurré. Me llevé la mano al auricular para comprobar que seguía bien colocado. Los dedos me temblaban por el susto–. Se… se ha roto uno de los paneles del techo.

–¡Parecía un disparo! –Se percibía alivio en su voz y, de pronto, de modo casi doloroso, deseé tenerlo allí a mi lado, y supe que él tenía ese mismo deseo. Esto era lo más duro, cuando algo se torcía, o casi, y el otro no podía hacer nada para ayudar–. Por Dios, cariño, no me hagas estas cosas. Creía que te habían disparado.

Asentí, muy seria.

–Estoy bien, pero, joder, Gabe, ha sido un verdadero estampido. Si todavía hay alguien trabajando en esta planta, desde luego lo habrá oído.

–Bueno, no puedo entrar en el sistema de videovigilancia para comprobarlo hasta que conectes ese USB –dijo Gabe. El tono guasón había desaparecido y ahora parecía preocupado, aunque trataba de disimularlo, en parte porque no quería transmitirme su nerviosismo y en parte porque sabía que yo no siempre aceptaba de buen grado la actitud protectora–. Ahora de verdad, cariño, ¿estás bien?

–Que sí, que estoy bien.

Dejé el panel roto a un lado, me apoyé de nuevo sobre los codos y me palpé con cautela para comprobar que todo estaba

en orden. Mi ritmo cardiaco se iba normalizando y no parecía que me faltara nada en los bolsillos y la mochila. Entonces me di cuenta: la linterna se había caído por el agujero del techo y descansaba en el suelo de la sala de servidores, alumbrando en dirección opuesta a la puerta. Y yo seguía sin saber si había o no botón de desbloqueo.

En fin, a la mierda, solo había un modo de entrar en la dichosa sala y, si luego no podía salir, pues nada. Tener que dormir allí dentro no sería lo peor que me hubiera pasado.

Adopté un tono firme al hablar.

–Voy abajo.

La risa de Gabe era un poco temblona.

–Cariño, ya sabes que me encanta cuando me dices cochinadas, pero no es el momento.

–Que te den –refunfuñé, arrastrándome hasta quedar en posición, y esta vez Gabe se rio con más convencimiento.

–Esa es mi chica. ¿Cuánta distancia hay?

–Unos dos metros y medio, quizá tres. Como mucho.

–Buena suerte. O mucha mierda. Pero no te hagas mierda.

–Entendido –dije, escuetamente.

Me afiancé en las riostras que rodeaban el panel, evaluando la caída, metí los dedos en la bolsa de magnesio que llevaba enganchada a la mochila y empecé a descolgarme poco a poco, con los músculos en tensión por el esfuerzo de controlar el descenso. Para eso me pasaba cinco aburridas mañanas en el gimnasio. No para caber dentro de mis ceñidos vaqueros, ni desde luego por Gabe, a quien se la sudaba mi talla de pantalón. No, solo para momentos como ese, en los que todo dependía de la fuerza de los bíceps y la tenacidad en el agarre.

Bueno, para esos momentos y para huir corriendo de los guardias de seguridad, pero esperaba no tener que llegar a tanto esa noche.

Unos instantes después, estaba colgada de la punta de los dedos, con los brazos totalmente estirados. Eché un vistazo abajo. Debía de estar a un metro del suelo, más de lo que hubiera querido, y pensé que ojalá me hubiera puesto algo que

absorbiera mejor el impacto que mis Converse. Pero mis dedos empezaban ya a protestar, así que conté hasta tres…

Y me solté.

Aterricé a cuatro patas, en silencio, como un gato.

–Estoy dentro –le dije a Gabe.

–Eres la mejor. ¿Te lo digo lo suficiente? Bien, ¿tienes los USB y el segundo Pi?

–Sí. –Me enderecé y busqué en la mochila el sobre acolchado que Gabe me había dado hacía unas horas, donde estaban los dispositivos que me había preparado con todo cuidado–. ¿Dónde los meto?

–Okey –dijo Gabe ya sin asomo de broma en el tono, que ahora revelaba la más absoluta concentración–. Escúchame bien, esto es lo que quiero que hagas…

Unos cinco minutos después estaba insertando el último de los lápices USB. Me sequé el sudor de las manos, me enderecé y miré a mi alrededor buscando la linterna. Al principio no la veía, pero entonces distinguí un resplandor bajo el banco de servidores más alejado. Seguramente, al dejarme caer desde el techo, le había dado una patada sin querer y había ido a parar allí.

Yo estaba justo al otro lado del bastidor, pero pude alcanzarla con el deslizador de metal, tras lo cual enfoqué la luz por la habitación hasta encontrar el panel de la puerta.

Un botón verde. Sin rótulo, pero por fuerza tenía que ser un activador de desbloqueo, ¿no? Seguro que la normativa contra incendios prohibía a rajatabla cualquier posibilidad de que los empleados quedaran encerrados en estas salas, con tanto material electrónico como había en ellas.

Antes de presionar el botón, miré al techo. Faltaban dos paneles, uno de ellos, desplazado de su lugar; el otro, partido en dos. Los daños a las instalaciones o los equipos no formaban parte del plan, pero los accidentes resultaban a veces inevitables, todos lo sabían. En cualquier caso, quizá sería mejor volver a subir por el váter de caballeros para recolocar el panel.

Estaba considerando esa posibilidad cuando el auricular chisporroteó y oí la voz de Gabe, esta vez en un tono diferente.

–Cariño, ¿sigues ahí?

–A punto de salir. ¿Qué pasa?

–Van hacia ti. Acabo de acceder a las cámaras. Un guardia está subiendo por las escaleras traseras y otro por el ascensor principal. Acaban de dejar la tercera planta.

–¿Cuánto tiempo tengo?

–Dos minutos, como mucho. Quizá menos.

–¿Sería mejor no moverme?

–No, están registrando las habitaciones. Alguien debe de haber oído el ruido.

–De acuerdo. Me pongo en marcha.

Con un escalofrío de inquietud y excitación, presioné el botón verde. No ocurrió nada durante un instante y sentí que se me revolvía el estómago. ¿Habrían desactivado los guardias el control manual? Tiré del picaporte y la puerta se abrió hacia dentro.

–¿Dónde están? –susurré mientras salía agachada al pasillo. Las luces se iban encendiendo a medida que mi presencia hacía saltar los sensores de movimiento. En cuanto los guardias pisaran el vestíbulo, sabrían que había alguien en esa planta.

–Creo que en el cuarto piso. –La voz de Gabe sonaba brusca. Debía de estar encorvado sobre los monitores, intentando relacionar el plano del edificio con las imágenes de las cámaras que tenía ante sí. Esa era la parte que yo aborrecía, los planos y el galimatías tecnológico, y la que él adoraba–. Ey, te estoy viendo.

Levanté la vista y, sí, ahí estaba el ojo negro de una cámara de seguridad. Le envié a Gabe un beso y me lo imaginé sonriendo, pero luego pensé si no habría algún guardia perplejo en la sala de control viendo esa misma cámara.

La voz de Gabe puso fin a mis cavilaciones con otro aviso apremiante.

–No, borra lo que te he dicho. Tienes a un guardia justo delante, a punto de entrar en el vestíbulo de la quinta planta. Da la vuelta y ve a las escaleras traseras. Quizá puedas bajar antes

de que el tipo del cuarto piso acabe de registrar. No corras; está justo debajo de ti. Oiría el ruido.

Silenciosa, obediente, caminé a toda prisa en la otra dirección, dando gracias por llevar las zapatillas de suela de goma. Casi había llegado a las escaleras cuando volví a oír la voz de Gabe, imperiosa, apremiante.

–¡Aborta! Está en las escaleras.

Mierda. No podía contestarle y Gabe lo sabía. Estaba viendo a su esposa en los monitores, atrapada como un ratón entre dos gatos. No había escapatoria. Tendría que ocultarme.

–Escóndete en un despacho –me ordenó, pero yo me había adelantado y ya estaba probando una puerta tras otra. La primera cerrada. La segunda cerrada. ¿Quién demonios era esta gente? ¿Es que no confiaban en sus colegas? Una tercera cerrada. Frenética, revolví en la mochila buscando las ganzúas, inserté una en el ojo de la cerradura y empecé a moverla con tanta fuerza que tenía la misma probabilidad de romperla que de abrir la puerta. Pero la suerte estuvo de mi parte y, con un clic que me aceleró el pulso, la cerradura cedió. Me metí dentro, pasé el seguro y pegué la espalda a la puerta de madera, intentando aquietar el martilleo de mi corazón.

–Aún te veo –me dijo de inmediato Gabe.

Estirando el cuello, vi que tenía razón. Incluso pegada a la puerta, se me veía por la ventana del despacho, y los guardias estaban cada vez más cerca. Gabe había silenciado su micro para que yo pudiera escuchar mejor, y en ese momento lo que oía eran pasos en el pasillo, voces que sonaban más y más fuertes.

Tenía solo unos segundos para decidir qué hacer.

«Están registrando las habitaciones». El aviso de Gabe resonó de nuevo en mi mente. Si abrían la puerta, estaba perdida.

Me arrojé al suelo, me metí de lado bajo un sofá y me quedé allí, con la cara contra la moqueta y el corazón retumbándome en los oídos. Por un fugaz momento, tuve una imagen surrealista de mi oficinista imaginaria, Jen, y me pregunté qué haría ella si se viera en esta situación, lo que casi me hizo prorrumpir en una carcajada histérica.

Pero conseguí silenciarla conteniendo la respiración y haciendo girar la alianza de la mano izquierda con el pulgar, una y otra vez. Era un tic habitual en mí durante las situaciones de estrés, una costumbre a medio camino entre comerme las uñas y cruzar los dedos, solo que con esta manía mía también hacía partícipe a Gabe. Y tenía sentido, porque casi la mitad del tiempo mi destino estaba en manos de mi marido.

Al otro lado de la puerta, oí unos pasos que se detenían y que alguien forcejeaba con el picaporte.

–Esta también está cerrada.

–En esta planta todas están cerradas –dijo otra voz–. Toma, la maestra.

Oí cómo lanzaban el manojo de llaves y sofoqué una risa cuando el receptor falló y se le cayeron al suelo.

–La próxima vez haz el favor de dármelas en la mano, ¿vale? –oí, y luego el roce de una llave en la cerradura y la puerta abriéndose. La luz de una linterna recorrió el espacio y yo contuve la respiración, rezando para que no la dirigieran debajo del sofá. Se oyeron las ruedas de una silla de escritorio… y luego el *shhhh* de una puerta que se cerraba.

Solté el aire en un suspiro tembloroso, procurando hacer el menor ruido posible.

–Ahí no hay nada –oí afuera–. ¿Y los meaderos?

–Vacíos. –Esa segunda voz parecía tener eco, como si hablara desde dentro de los baños. Hubo una pausa y luego–: Eh, espera un momento…

Desde mi posición, debajo del sofá, no podía ver nada, así que con extremada cautela llevé la mano al micro.

–Dime algo –articulé de modo apenas audible.

–Han descubierto el panel del techo –susurró Gabe.

Mierda.

–Echa un vistazo a esto –dijo el segundo guardia.

Oí un ruido de pasos mientras el primer guardia, el mismo que había registrado el despacho en el que yo estaba, avanzaba por el pasillo. Se oyó chirriar la puerta del baño al abrirse… y luego un leve golpe cuando se cerró tras el guardia.

Estaba reptando para salir de debajo del sofá cuando la voz de Gabe irrumpió de nuevo en mi oído, un grito perentorio en sordina.

–¡Vamos, vamos, vamos! ¡Sal ahora!

No necesitaba que me lo repitiera. Yo ya estaba de pie, quitando el seguro de la puerta, mirando a ambos lados del pasillo, sin saber qué dirección tomar.

–¡En dirección contraria a los ascensores! –me indicó Gabe, y yo salí disparada por el pasillo, doblando precipitadamente una esquina tras la cual me habría dado de narices contra otro puñado de puertas de seguridad si Gabe no las hubiera ya desactivado. Estaban abiertas, esperando a que yo las cruzara, cosa que hice derrapando para desembocar en un pequeño vestíbulo.

–La puerta cortafuegos de tu derecha –me dijo Gabe, y yo me abalancé hacia allí y salí a una escalera de vértigo que descendía en espiral hasta perderse en la oscuridad. La pesada puerta cortafuegos se cerró con estrépito, pero eso ya me traía sin cuidado. Había agotado toda posibilidad de realizar una salida sigilosa. Ahora lo único que importaba era escapar.

Bajé un piso, bajé dos. El corazón me retumbaba en los oídos.

–Ya casi estás. –La voz de Gabe en mi oído–. Puedes hacerlo. Tres tramos más, giras de golpe a la izquierda y verás otra puerta cortafuegos.

–¿Y… y si tiene alarma? –jadeé. Otro piso. Aún quedaba otro más.

–A la mierda la alarma. La otra puerta no tenía. Si esta tiene, la desactivaré. Ya lo tienes, ¿me oyes? ¡Ya lo tienes!

–Vale.

No tenía aire para hablar. Bajé el último tramo, giré dando tumbos a la izquierda, agachándome para pasar bajo las escaleras. Ahí estaba, la puerta cortafuegos; y, al otro lado, la libertad.

Me precipité contra la barra de apertura, estremeciéndome de antemano por el posible sonido de una sirena, pero, de nuevo, no hubo ninguna. Tomé nota mental para el informe, pero ahora eso podía esperar. Por el momento, estaba fuera, respirando el bendito aire libre.

–¡Joder! –aulló Gabe en mi oído, ahora riéndose, con esa risa temblorosa y medio histérica de quien está mirando una película con el alma en vilo–. Madre mía. Has estado increíble. No creí que lo lograras.

–Ni yo. –El corazón me golpeaba salvajemente en el pecho, pero me obligué a caminar con tranquilidad mientras cruzaba el aparcamiento. Si había más guardias por allí, tampoco tenía por qué ponérselo fácil y que supieran a quién perseguir–. Hostia puta. Esto no ha sido nada divertido.

Gabe se rio, con ese ronroneo profundo y cascado que tanto me gustaba.

–Uno, ya te digo que yo sí me he divertido; y dos, ambos sabemos que estás mintiendo. Has disfrutado cada segundo.

Noté que se me escapaba una sonrisa.

–Muy bien…, un poquito sí me he divertido.

–¿Un poquito? Si parecías estar en tu salsa…

–¿Todavía me están buscando ahí dentro?

–Sí, siguen husmeando por la quinta planta. Uno de ellos ha abierto la sala de servidores, pero no ha visto los USB. Has estado genial, nena.

–Ya lo sé –dije con modestia, y volví a oír la risa de Gabe.

–¿Te arreglas tú sola ya? Tengo que entrar en el sistema antes de que se den cuenta de lo que pasa.

–Claro, ya casi estoy en el coche. Te veo dentro de… –miré el teléfono– ¿cuarenta minutos? No debería haber mucho tráfico a esta hora de la noche.

–¿Quieres que pida algo de comer?

Me di cuenta de que estaba muerta de hambre. Nunca comía antes de un trabajo. Correr por ahí con el estómago lleno no era lo mejor, pero, ahora, solo de pensar en la comida se me hacía la boca agua.

–Sí –dije con vehemencia–. Una gran *pizza* con setas, pimientos… No, olvida eso. Lo que de verdad me apetece es la hamburguesa vegetariana de Danny's Diner con champiñones, mayonesa de trufa y doble ración de cebolla. ¿Crees que aún estará abierto?

–Debería.

–Estupendo. No te olvides de la ensalada de repollo. Y doble de patatas fritas. No, que sean chips de boniato. Y diles que no los pongan en la misma bolsa que lo tuyo. La última vez tuve que quitar tu asquerosa mermelada de beicon de mi hamburguesa vegetariana.

–Recibido. Nada de patatas fritas. Beicon aparte. Te veo enseguida, nena. Te quiero.

–Yo también te quiero –contesté, y, con un alegre suspiro, colgué y desconecté el auricular.

Escalar el muro me resultó más difícil esta vez, con los músculos doloridos y el corazón todavía acelerado por la adrenalina, pero me encaramé a un contenedor de reciclaje y luego bajé del muro justo a la vuelta de la esquina de donde había aparcado. Nada más enderezarme, ya estaba buscando las llaves en la bolsa. Ni siquiera miraba a mi alrededor, pero tampoco habría cambiado gran cosa si lo hubiera hecho. El caso es que, al doblar la esquina, me estaban esperando.

Fui a parar directamente a las garras del jefe de seguridad.